

VEINTE AÑOS DESPUES

STALIN ANTE LA HISTORIA

JUAN ALDEBARAN

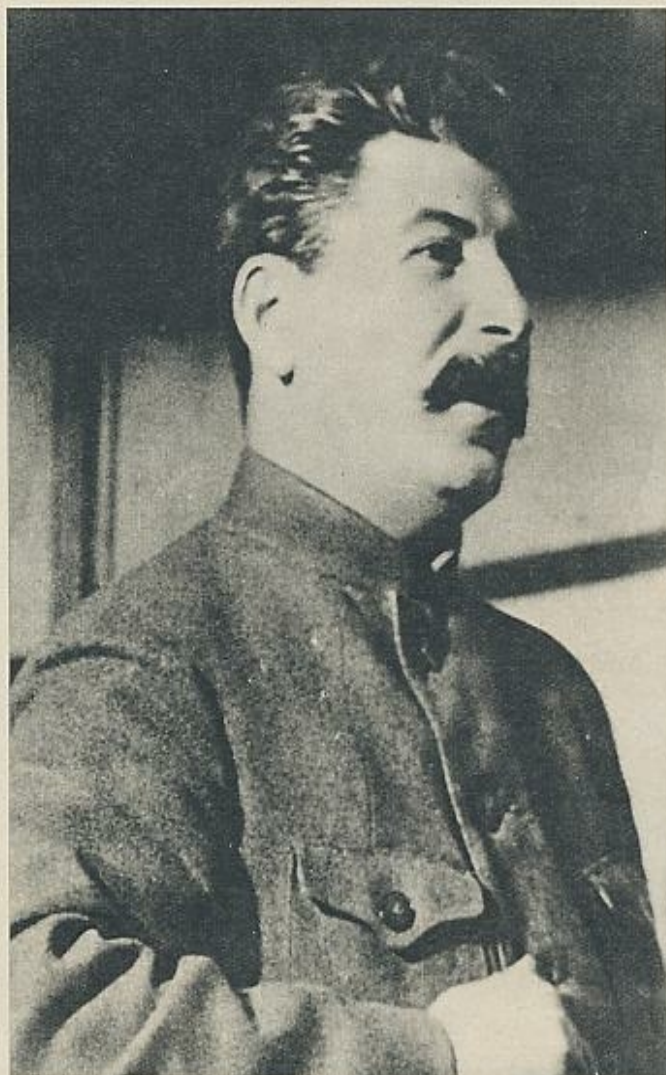
La anécdota es, probablemente, apócrifa. Se contaba en Moscú —y luego en todo el mundo— después del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, el Congreso de la destalinización. Krutchev había leído su «informe secreto» relatando la locura, los errores, los males de Stalin, cuando alguien le hizo llegar una nota anónima: «¿Por qué usted y sus compañeros del Politburó no protestaron? ¿Por qué consintieron tantos errores?». Krutchev leyó la nota en voz alta, y pidió que quien la hubiese escrito se pusiera en pie. Nadie lo hizo. Hubo un silencio absoluto, y Krutchev dijo: «Las mismas razones teníamos nosotros para no hablar...». Puede considerarse que esta escena no existió nunca y fue inventada después. Lo que se sabe de aquella memorable sesión de febrero de 1956 es poco. El «informe secreto» de Krutchev circuló ampliamente por la URSS y por el mundo, pero siempre en copias ilegales, o bien editadas por los servicios y los periódicos occidentales. El partido comunista de la Unión Soviética no aceptó nunca ese informe, y los partidos comunistas europeos no lo reprodujeron en sus periódicos o publicaciones. La historia oficial del PCUS lo recoge muy sucintamente: «El Comité Central, consciente de su responsabilidad ante el partido y el pueblo, no podía disimular o escamotear las faltas y las desviaciones engendradas por el culto de la personalidad de Stalin. Fiel al principio leninista de crítica franca y de corrección de los errores, el Comité Central decidió decir al Congreso la verdad sobre los abusos de poder en el tiempo del culto a la personalidad». Se trataba «de liquidar una ideología y una práctica viciadas, que no tenían nada que ver con el marxismo-leninismo, perjudiciales para el socialismo; suprimir una situación que hace posibles las violaciones de la democracia, los abusos de poder y otros fenómenos extraños a nuestra sociedad».

Un año terrible

Stalin moría así por segunda vez. Su primera muerte, su muerte física, había sucedido tres años antes, el 5 de marzo de 1953. Hace veinte años en estas fechas. Su muerte precipitó una serie de acontecimientos que deberían cambiar enteramente el rumbo político del mundo. Mil novecientos cincuenta y tres era un año terrible. Había guerra en Corea, Berlín era una ciudadela, Gran Bretaña acababa de

explotar su primera bomba atómica y el duro Churchill había vuelto al poder después de siete años de oposición, Eisenhower había tomado la antorcha de la «guerra fría» de manos de Truman, Francia estaba metida en la guerra de Indochina... Se hacían pronósticos muy fáciles de que la tercera guerra mundial estaba a punto de estallar. Y se esperaba un «milagro». ¿Fue ese «milagro» la muerte de Stalin? Probablemente, no. Probablemente, las bases para que no hubiese guerra en el mundo estaban ya echadas desde el momento en que se descubrió que la URSS tenía la bomba atómica el 23 de septiembre de 1949 (la explosión había sucedido en julio). Pero había un enorme terror. Stalin estaba convencido de que si los Estados Unidos habían entrado en una guerra dura por el tema de Corea, no tendrían la menor duda en hacerlo en Europa. A su vez, los Estados Unidos temían que un hombre de los rasgos de Stalin no tuviera el menor escrúpulo en lanzar un ataque atómico si llegaba a tener noción de que su poder era superior. Es probable que aunque se hubiese prolongado más la vida de Stalin, algunos de los acontecimientos de aproximación que hoy llamamos «coexistencia» se hubiesen producido de todas maneras. Stalin nunca perdió contacto con el mundo occidental.

De todas formas, no se pueden hacer más que especulaciones acerca de lo que hubiera sucedido de no haber sido las cosas como fueron. Pero lo peor no es eso: lo peor es que solamente se puede especular acerca de las cosas que realmente fueron, porque su última realidad se desconoce. La Historia de la URSS, de su revolución y de sus evoluciones ha sido escrita millares de veces y probablemente siempre muy mal. Es un tema pasional. Occidente ha utilizado miles, millones de toneladas de papel a lo largo de los cincuenta y cinco años transcurridos desde la revolución para definirla como el mal absoluto. Se ha creado como profesión en Universidades americanas el antisovietismo. La misma URSS no ha ayudado en nada a la comprensión científica de su Historia. En cada gran cambio, la Historia anterior ha vuelto a escribirse de nuevo. Los diarios y las Memorias son frutos apasionados, autodefensas, ataques a los otros. Las actas de los grandes procesos no permiten discernir la verdad de lo inventado. Con el tiempo, con la perspectiva histórica, se podrá desnudar la verdad de su cáscara de propa-



ganda, y no sólo en la URSS. Ese tiempo no ha llegado. Cuando uno escribe acerca de todos estos acontecimientos, por mucho cuidado que ponga en cotejar sus fuentes, en buscar verdades objetivas, está siempre expuesto a sostener falsedades.

¿Quién era Stalin? Es evidente que todo el misterio reside en esta cuestión. «En la actividad del camarada Stalin —escribía Krutchev— vemos dos aspectos: el aspecto positivo, que apoyamos y apreciamos altamente, y el aspecto negativo, que criticamos, condenamos y rechazamos» («Por una relación estrecha de la literatura y el arte con la vida del pueblo», 1957). La mítica división entre el bien y el mal aparece aquí residiendo en una sola persona —una especie de Dr. Jekyll y Mr. Hyde—, y este es el fácil esquema que aún perdura entre los comunistas: un

cuencia del aislamiento del poder? ¿Su terror de estado fue una necesidad, o una simple proyección de sus propios terrores?

Socialización de la miseria

Algunos de los vicios o defectos que se ha dado en llamar stalinismo eran probablemente anteriores. Probablemente el origen de la desviación es el de la implantación del comunismo en un país pobre y atrasado, como era Rusia, en lugar de en Alemania, donde se esperaba. El socialismo debía ser la consecuencia de las contradicciones de un capitalismo industrial en pleno apogeo, y en su lugar se produjo en un país de agricultores, con estructuras feudales. Trotsky hablaba ya de la «socialización de la miseria» como un factor negativo (citando a



Cuando Stalin fue expulsado del seminario, entró de lleno en la acción política y en los ficheros de la Policía. Entre cárcel y cárcel, continuó su labor ascendente, hasta recibir la total confianza de Lenin.

funcionaba, los Cuerpos expedicionarios estaban en sus fronteras, los partidos afines al comunismo estaban aislados y perseguidos en toda Europa, Rusia, como nación, estaba amputada de parte de su territorio. Una gran parte de su dinero, de sus tesoros, habían podido ser sacada al extranjero. Dentro de las fuerzas revolucionarias había una profunda división. Las revolucionaristas de izquierda se habían rebelado contra Lenin, porque consideraban la paz de Brest-Litovsk —con Alemania— como una capitulación: en 1918 asesinaron al embajador de Alemania, intentaron el asesinato de Lenin y un golpe de Estado en Moscú. En esa época se fortalece la Cheka: la Policía política. La Policía política no se enfrenta solamente con los izquierdistas, sino con los socialistas moderados. Hay una amplia coalición que va desde los antiguos zaristas hasta los socialdemócratas, que reciben armas y dinero de los aliados occidentales: su lucha dura hasta 1920, en que son vencidos. El hambre y la miseria se instalan en el país cercado. Si hay que buscar raíces al stalinismo, es en ese período donde se encuentran. El propio Lenin no fue ajeno a ellas. Es el período de desconfianza de todo y de todos, de depuraciones, de luchas políticas, de conservación del poder.

Lenin murió en 1924: Stalin no llegó al poder absoluto hasta 1936. Se describe a un Stalin hábil, feroz, eliminando por la astucia y por el crimen, si era preciso, a todos los que se oponían a su camino. ¿A su camino, o al que él creía que era el de la URSS, el del comunismo?

Una situación desesperada

Probablemente la idea de que lo que Stalin representaba —la construcción de un país económicamente sólido, la industrialización, el control del partido—, era compartida por una gran mayoría del aparato. Es difícil decir que Stalin era un trepador solitario que se izaba

a fuerza de habilidad y de maldad: Stalin representaba una opción que parecía la mejor, o la menos mala, de las que necesitaba el país en las circunstancias objetivas en que se encontraba, por su situación nacional, internacional y por la situación del socialismo en el mundo. Stalin era la respuesta a una situación desesperada. Stalin pretendía sobre todo la construcción de una industria fuerte, y consideraba que en esas circunstancias, la única posibilidad que tenía la URSS de conseguirlo era la explotación al máximo del trabajo humano. Hubo quejas, protestas. Stalin respondía: «Acortar el paso significa quedarse atrás, y los que se quedan atrás son derrotados. No queremos ser derrotados. No, no queremos serlo. (La vieja Rusia) fue una y otra vez derrotada por su atraso. Fue derrotada por los janos mogoles, por los beys turcos, por los señores feudales suecos, por los barones polacos, por los capitalistas anglo-franceses, por los barones japoneses: fue derrotada por todos por culpa de su atraso. Por su atraso militar, por su atraso cultural, por su atraso político, por su atraso industrial, por su atraso agrícola. Fue derrotada porque hacerlo resultaba provechoso y se salía impune de ello. Recordad las palabras del poeta revolucionario: "Tú eres pobre y eres pródiga, eres poderosa y eres indefensa, Madre Rusia". Estamos cincuenta o cien años atrasados respecto a los países desarrollados. Tenemos que alcanzarlos en diez años. O lo hacemos, o nos aplastarán».

¿Qué hay de marxismo, de comunismo o de leninismo en estas palabras? Nada, en comparación con la enorme dosis de nacionalismo. El nacionalismo es una de las claves de Stalin. Otra es su origen. Los dirigentes de la revolución procedían generalmente de clases intelectuales o acomodadas —Lenin, hijo de un inspector de Primera Enseñanza; Trotsky, de un terrateniente—, y Stalin había nacido en la pobreza: de un zapatero borracho que le golpeaba, de una madre lavandera que cuando murió el marido tuvo que mantener a la familia. Como tantos niños pobres, no tenía más recurso que el seminario, con una beca. Estuvo en el seminario de Tiflis cinco años. Su personalidad era múltiple. Parece que era un estudiante disciplinado y muy bien dotado intelectualmente, pero en secreto escribía versos y panfletos rebeldes, estaba en contacto con los socialistas. Su nacionalismo era entonces georgiano. El idioma ruso —que había llegado a dominar— era para él el oficial, el



Lenin y Stalin, interpretados por el pintor G. Vassiliev.

hombre que fue capaz de consolidar la revolución, de mantenerla frente a todas las amenazas del exterior y del interior, de conducir la guerra y establecer el comunismo en varios países; un hombre que fue tiránico, despótico, que retrasó el desarrollo del socialismo, que impidió la verdadera democracia marxista-leninista... ¿Asaltó el poder a la muerte de Lenin, o fue su heredero designado? ¿Dio un golpe de mano lento pero decidido para apoderarse del aparato del partido, o fue elevado por él como el jefe más idóneo? ¿Sus errores estaban inscritos ya en su personalidad, o fue cebándose en ellos como conse-

Marx); Lenin, que si fuese necesario, habría que sacrificar la revolución rusa para producir la revolución alemana, que era la importante. Stalin no parecía compartir ninguno de estos dos puntos de vista. Stalin entendía que había que consolidar la revolución rusa antes que nada: inventó la fórmula de «socialismo en un solo país». Sin más que la miseria para socializar, con la revolución alemana fracasada —sobre todo, tras la destrucción y asesinatos de los espartaquistas—, el «socialismo en un solo país» no era una teoría, sino una necesidad, una coyuntura. Rusia estaba cercada. El «cordón sanitario»

STALIN

de su personalidad exterior: el georgiano, el de sus poemas y sus conexiones políticas. Pronto hizo trascender este nacionalismo local al de la Gran Rusia. Puede decirse que puso en la idea de Rusia el amor apasionado que suelen poner los regionalistas en su región. Otro rasgo del nacionalismo formado en Stalin: mientras los grandes dirigentes revolucionarios pasaron largas temporadas en el exilio y en el extranjero, Stalin nunca salió —salvo breves excepciones— del territorio ruso. Eso sí, pasó largas temporadas en la cárcel o en Siberia. Cuando fue expulsado del seminario —en el momento en que se descubrió su duplicidad—, entró de lleno en la acción política. Y en los ficheros de la Policía. Entre cárcel y cárcel, continuaba su labor política. Y fue ascendiendo dentro de la organización bolchevique, recibiendo la confianza de Lenin. Fue miembro del Comité Central en 1912. Cuando Trotsky le conoció, le despreció inmediatamente. Le pareció que era un rústico, un aldeano incapaz de comprender la finura doctrinal de la filosofía marxista. La hostilidad de los dos hombres se mantiene hasta después de sus muertes. Pero Trotsky, Lenin y Stalin fueron los tres hombres que configuraron la revolución y el primer período posrevolucionario. De los tres, probablemente el único que estaba seguro de que la revolución no se haría en Alemania, sino en la pobre y atrasada Rusia, era Stalin. La muerte de Lenin fue prematura. No dio tiempo a que formase unas clases políticas distintas o nuevas, los cuadros del partido no disponían más que de los «padres de la revolución». La opción entre Trotsky y Stalin era la única realmente posible. Se ha dicho —ahora— que Lenin advirtió ya del error que sería nombrar a Stalin, pero no está tan claro. Lenin tenía un espíritu cáustico y crítico: zahería a Stalin, pero también a Trotsky. En la situación real de 1924, sólo parece que la opción de Stalin era la posible. Eran unas circunstancias históricas, económicas y políticas que requerían un gobernante como Stalin. Probablemente era el menos adecuado para llevar adelante el marxismo, para fundar el comunismo; era el único, en cambio, que podía defender y levantar a Rusia.

El gran salto de la industrialización

En 1929, la URSS contaba con once millones de obreros industriales. En 1932 había 23 millones; en 1937, 27 millones; después de la guerra contra Alemania, a pesar de las terribles pérdidas humanas, había 42 millones de obreros industriales. Stalin consideraba esto como su mayor victoria. Eso y la colectivización de las tierras. Una vez, Stalin comentó con Churchill



Sobre estas líneas, Krutchev y Stalin en 1937. Debajo, soldados nazis se retratan con los restos de una estatua de Stalin.

que le había sido más difícil la reforma agraria y la industrialización del país, que la guerra contra Hitler. Y mantenía que de no haber conseguido esta industrialización, Hitler habría ganado fácilmente la guerra. Era el objetivo que no se había planteado en 1928.

No hubiese bastado con la industrialización si Stalin no se hubiese inventado, prácticamente, el Ejército Rojo. Trotsky, que fue un gran jefe militar, lo concebía como un ejército revolucionario, un ejército de obreros y campesinos, y fue realmente ese ejército de obreros y campesinos el que ganó la guerra civil. Pero Stalin deseaba un ejército tradicional, un ejército disciplinado, apolítico, obediente, profesional. Fue Stalin quien terminó con los «consejos de soldados» y quien restableció todas las prerrogativas de los oficiales. Los combatientes de primera hora —y entre ellos, algunos generales— mantenían la idea del «antimilitarismo»: Stalin les hizo ver rápidamente que no era ese su sistema. Les apartó. En algunos casos, les fusiló. Se les acusaba de trotskistas...

¿Fue siempre Stalin el dios terrible de los últimos años? Prácticamente se puede seguir una evolución constante y continua, paralela a la del grado de soledad en que se fue encontrando. Entre el Stalin que se conformó con deportar a Trotsky y el que mandó perseguirle y matarle hasta su refugio de México hay un abismo. Nunca fue blando. Pero su dureza, al principio, era, digamos, impersonal. Una crueldad abstracta. Sabía que la colectivización de las tierras podría producir hambre hasta que se estabilizase; un hambre con miles y miles de





Entierro de Lenin. En torno al féretro, Kalinin (1), Bujarin (2), Zinoviev (3), Tolski, presidente de los Sindicatos (4), Kamenev (5). Detrás de éste, sin numerar, aparece Stalin, y tras Zinoviev, Molotov.



Stalin, junto al Presidente Roosevelt, en la Conferencia de Teherán.

co; la aparición de la bomba atómica americana y la amenaza de ataque directo de los Estados Unidos...

En todos esos momentos, en cada una de las crisis y subcrisis de la época, Stalin debió de pasar verdadero terror. Terror de que lo que consideraba su obra fuera destruida, de que su país se acabase. Ese terror lo proyectaba sobre quienes le rodeaban: desconfiaba de la traición. Y llenaba los campos de concentración, las cárceles, nutría los pelotones de fusilamiento o las más simples y téticas desapariciones. Al mismo tiempo, se multiplicaban sus estatuas, se imprimían por millones sus fotografías. Y exigía que se contase con él para todo: para la ciencia, para la literatura y las artes. Hay que hacer ver, de todas maneras, que Stalin estaba muy lejos de ser el patán inculco que le creyó Trotsky o el que dibujó la propaganda occidental. Era un hombre que conocía muy profundamente la literatura rusa y extranjera, que había estudiado Ciencias y que procuraba reunirse con sabios y con

intelectuales, a los que escuchaba pacientemente para aprender algo de ellos. Pero posteriormente, su dictamen era inapelable. Esta cultura de Stalin ha hecho mucho más daño a la ciencia y a la literatura soviéticas que una auténtica ignorancia. Querer intervenir en todo, querer dirigirlo todo y aterrorizar a los sabios y a los intelectuales produjo numerosos errores.

Pero hay que pensar que si un cierto stalinismo «avant la lettre» existía ya desde antes de que Stalin gobernase, desde antes de que su nombre fuera conocido, por las condiciones en que se encontró la revolución soviética, unas formas de coexistencia y cooperación con el mundo occidental existían ya desde mucho antes de la muerte de Stalin. Desde los primeros momentos de la revolución, lo que Stalin parecía desear para su país era la desaparición del bloqueo exterior y la introducción de Rusia en el mundo de las grandes potencias. Hemos citado la paz de Brest-Litovsk como criticada por los Izquierdistas; Stalin, sin embargo, creía firmemente

en que había servido a Rusia, y que debería continuarse el camino diplomático. Stalin ofreció y consiguió un cierto número de pactos de no agresión, la apertura de Legaciones y Embajadas en algunos países, la presencia de cónsules o representantes oficiosos en otros. La alianza de guerra con las democracias occidentales le hizo pensar que la URSS había salvado ya los últimos escollos. Las conferencias de Yalta, de Postdam, eran la consagración de la URSS como potencia igual a las mayores, de Stalin con estadistas como Roosevelt —al que admiraba— y como Churchill —al que despreciaba—. El cambio repentino a partir de la muerte de Roosevelt y su sustitución por Truman —cambio no sólo de hombre, sino de situación: es el momento de la explosión experimental con buen éxito de la bomba atómica de Estados Unidos— le sorprendieron. Se ha presentado a Stalin como un imperialista que se apoderó de los territorios vecinos: esos territorios le fueron entregados por sus aliados en la época del reparto del mundo, y entonces el imperialismo tenía tres nombres, los de los tres vencedores de la guerra. Se ha dicho que Stalin practicaba una política de agresión y que estaba a punto de lanzar la guerra contra Occidente. No parece que eso responda a la realidad. Stalin no pretendía agresiones, porque sabía que su país no podía resistir otra guerra. Estaba horrorizado porque veía venir encima la guerra provocada por los demás. Daba una sensación de ferocidad para cubrirse. Y es muy posible, aunque esto no pase de ser otra especulación, que si en ese momento Churchill y Truman hubieran sido capaces de dar la señal, la URSS hubiese sido rápidamente invadida. Les asustaba la seguridad de Stalin y el miedo a que los partidos comunistas de Europa se lanzaran a la revolución: aún en ese momento tenían las armas y el control que habían obtenido en la resistencia contra los alemanes. Sin embargo, Stalin no movió un párpado mientras se desarmaba y en algunos casos se exterminaba

—Grecia, Turquía, Irán— a los resistentes comunistas. Eran países que en los pactos estaban incluidos en las zonas de influencia de Gran Bretaña y Estados Unidos. En general, a pesar de sus amenazas mutuas, de sus truculencias, de su guerra de propaganda, las democracias occidentales y la Unión Soviética se respetaron mutuamente durante los años de la «guerra fría». Se estaba configurando así el mundo de la posguerra.

El XX Congreso

La destalinización fue un singular acto votivo. Se descargaron sobre Stalin culpas que en realidad habían sido de un sistema y de una Historia. Si la coexistencia se mantenía desde entonces, para que fuese franca y abierta había que proceder al sacrificio de Stalin. En ciertos países, estos sacrificios pueden hacerse por vía electoral —Eisenhower sustituido por Kennedy; Churchill, por los laboristas; después, Adenauer y los democristianos por Willy Brandt—; en un régimen como el que Stalin construyó, sólo puede conseguirse mediante el complot, la revolución o la muerte del tirano. Stalin, como consecuencia de su terrible desconfianza, tenía en sus manos todos los resortes para evitar el atentado y el golpe de Estado. No podía evitar su muerte. Y cuando murió, en marzo de 1953, la destalinización —es decir, el cambio visible, muy aparente, de objetivos en el interior y en el exterior— estaba decidida.

Los tres años que mediaron entre la muerte de Stalin y el XX Congreso fueron de preparativos. Los dirigentes del partido temían sobre todo que la descongelación de Stalin como mito produjese un hundimiento de las estructuras del país. No ha sido así. No puede decirse lo mismo de los comunismos exteriores, ideológicos o militantes, para los cuales, la segunda muerte de Stalin —la desmitificación— fue un golpe tan rudo, que no se han repuesto nunca más. El país deseaba de tal forma la desaparición de las rígidas condiciones de vida y del terror staliniano, que cualquier solución era aceptable. El hecho es que en el momento mismo de la muerte de Stalin comenzaba la destalinización oficial. El Presidium del Comité Central, que Stalin había dotado de 25 puestos, quedó reducido a 11; los eliminados eran precisamente algunos de los más stalinistas. Se creaba una «dirección colectiva». Krutchev aparecía como primer secretario; Malenkov, presidente del Consejo de Ministros; Vorochilov, presidente del Presidium de la URSS —jefe de Estado, función más bien teórica—; Beria, Bulganin, Kaganovich, Molotov, vicepresidentes del Consejo de Mi-

SOFICO CREO LA CONFIANZA

Somos la primera empresa en el mundo que garantizó la inversión en apartamentos.

Los 41 edificios que tenemos en explotación a lo largo de una franja de 100 Km. de la Costa del Sol, han revalorizado todos los terrenos dedicados al turismo.

Hemos promocionado la zona, porque contamos con 11 delegaciones en el extranjero que se ocupan de traer una corriente continua de turistas hacia ella.

Las 12.129 camas que tenemos en disponibilidad nos permiten cumplir puntualmente con nuestro compromiso de pagar el 12% anual.

Más de diez años cumpliendo han creado un clima de confianza hacia las inversiones inmobiliarias.

Han nacido a nuestra sombra, muchísimas pequeñas compañías que han adoptado nuestro sistema.

De la seriedad de todas las empresas depende el prestigio del negocio. Porque, en definitiva, ojalá que la competencia sea tan seria como nosotros.

EDIFICIOS CONSTRUIDOS	FUENGIROLA	EDIFICIOS EN CONSTRUCCION	EDIFICIOS EN PROYECTO
MALAGA	Perla. 57 camas	TORREMOLINOS	BENALMADENA COSTA
La Casa de las Flores. 341 camas	Perla-1. 325 camas	Tamarindos-2. 828 camas	El Remo-2
Salitre. 140 camas	Perla-2. 490 camas	Tamarindos-3. 1.216 camas	El Remo-3
Edificio Sofico (foto)	Perla-3. 360 camas		El Remo-4
TORREMOLINOS	Perla-4. 228 camas	BENALMADENA COSTA	Serola
Borbolón-1. 182 camas	Perla-5. 288 camas	Conjunto Turístico Extrahotelero	El Greco
Borbolón-2. 240 camas	Perla-6. 480 camas	EL ZODIACO	Fortuny
El Remo-1. 290 camas		Agata. 1.090 camas	Murillo
BENALMADENA COSTA	MARBELLA	Hércules. 1.090 camas	Cervantes
Conjunto Turístico Extrahotelero	Palmeras-1. 207 camas	Ins. 1.090 camas	Lope de Vega
EL ZODIACO	Palmeras-2. 357 camas	Agula. 1.090 camas	Calderón de la Barca
Aries. 288 camas	Palmeras-3. 483 camas	Minerva. 1.857 camas	Béquer
Géminis. 288 camas	Fuente de Diana. 180 camas		Albéniz
Sagitario. 288 camas	Fuente de Neptuno. 180 camas	EN EL CENTRO DE MARBELLA	La Cañada. 1.090 camas
Pisces. 680 camas	Fuente de Cibeles. 180 camas	Edificio-1. 464 camas	
Acuario. 680 camas	Fuente de Alhambra. 162 camas	Edificio-2. 224 camas	
Corinto. 296 camas	Fuente de Apolo. 162 camas	Edificio-3. 274 camas	
El Mirador. 556 camas		Edificio-4. 272 camas	
Tamarindos-1. 817 camas	ESTEPONA	Edificio-5. 182 camas	
	Las Delicias. 175 camas	Edificio-6. 416 camas	
CARVAJAL (FUENGIROLA)	El Cid-1. 240 camas	Edificio-7. 352 camas	
Palacio del Mediterráneo. 282 camas	El Cid-2. 320 camas	Edificio-8. 352 camas	
Olimpo-1. 264 camas	El Cid-3. 240 camas	Edificio-9. S. D.	
Olimpo-2. 539 camas	El Cid-4. 80 camas		
Olimpo-3. 200 camas	El Cid-5. 80 camas		
	MADRID		
	Edificio Menta. 92 camas		
	Total camas construidas. 12.129		
		Total camas construcción. 10.651	



SOFICO RENTA
41 garantías edificadas

Y para sus vacaciones en Sofico,
dirijase a su Agencia de Viajes
o solicite información
en nuestras oficinas.

TRF-9 17-III-73

Expliquenme, sin compromiso por mi parte,
como sacarle más provecho a mi dinero.

D.

Calle

Ciudad

Envie este cupón confidencial en sobre
SOFICO RENTA, S. A.
Claudio Coello, 124 - Tel. 262 44 30 - MADRID-6

Delegaciones en España:
TORREMOLINOS
OMIago
Edificio El Remo
Paya Montemar
Tel. 382 642

SEVILLA
Quepo de Llano, 20
Tel. 215 705

BARCELONA
Tener Vías, 4 y 6
Tel. 268 72 99

VALENCIA
Pascual y Genis, 10-6
Tel. 225 730

En el extranjero:

BRUSELAS
LONDRES
FRANKFURT
ROMA

PARIS
NUOVA YORK
CHICAGO
TORONTO

MONTREAL
SAN JUAN DE PUERTO RICO
HONG-KONG

STALIN

nistros; aún dos hombres íntimos de Stalin: Beria y Molotov. Pero Beria sería poco después «desenmascarado como agente del imperialismo»: el poderoso jefe de la Policía política sería juzgado y ejecutado con tres de sus cómplices. La idea de que estuviese al servicio de las potencias occidentales era aberrante. Pero aún no se podía decir que era demasiado stalinista. Sin embargo, se había rehabilitado a los médicos judíos acusados de complot por Stalin. Más tarde se iban a rehabilitar algunas de sus víctimas: el húngaro Rajk y el búlgaro Kostov, ahorcados en 1949; Gomulka, detenido en Polonia en 1951; Ana Pauker, en Rumania, en 1952, cuando Slansky fue ejecutado en Checoslovaquia...

Molotov fue luego apartado del poder. Malenkov cayó en desgracia en 1955: hizo su autocrítica y se retiró. Bulganin y Krutchev formaron entonces un dúo director: después del XX Congreso, Krutchev tomó la dirección personal de la URSS. En 1958, Malenkov y Molotov fueron denunciados por su «actividad antipartido» y sus «puntos de vista sectarios y dogmáticos». Pero ya empezaban a apuntar Brejnev y Kossiguin...

Krutchev dio una imagen y un rostro nuevos a la URSS. Eran precisamente la imagen y el rostro necesarios para borrar el período sombrío de Stalin: un hombre jovial, con cóleras «simpáticas», repleto de chistes y proverbios de la

antigua Rusia, capaz de enfrentar a los enemigos de la URSS con situaciones nuevas e imprevistas —como la crisis del U-2 que estalló en París cuando estaba a punto de celebrarse la conferencia de los «grandes» y que desnudó prácticamente a Eisenhower—, de celebrar fantásticas conferencias de prensa en los países occidentales... Pero quizá todo ello conducía insensiblemente a un nuevo culto a la personalidad y a una imagen un poco caricaturesca de la nueva URSS. Krutchev fue sustituido. Brejnev y Kossiguin debían dar un rostro gris, impersonal: lo que requería la idea de dirección colegial. Por otra parte, Krutchev había sido el protagonista de la destalinización. Y la destalinización había sufrido su crisis: la de 1956-57. Es decir, las perturbaciones en las democracias populares —especialmente en Hungría y en Berlín Este—, el nuevo independentismo doctrinal, ideológico, de los partidos comunistas occidentales —sobre todo a partir de la disolución de la Kominform, en 1956—, y la aparición de unas oposiciones interiores, clandestinas, en la URSS: los manifiestos de intelectuales y científicos, las ediciones en ciclostil de libros y panfletos.

Algunos elementos duros han vuelto a aparecer en la vida soviética, que son tachados con excesiva facilidad de regreso al stalinismo. No se puede olvidar que el último político ejecutado sumaria-



Monumento a Stalin en Tirana (Albania).

mente fue Beria —y sus tres llamados cómplices—, y aunque haya campos de concentración, dificultades inmensas para los intelectuales no conformistas y hasta manicomios para algunos disidentes, las purgas no han vuelto más.

Es preciso recordar un balance de las primeras purgas, sólo las primeras. Cayeron en ellas **todos** los miembros del Politburó de Lenin, menos Trotsky, que estaba en el exilio, pero que sería asesinado años más tarde. Y, naturalmente, excepto Stalin, que las dirigió. Cayeron el jefe del Estado Mayor, el primer comisario político del Ejército y los comandantes supremos de todos los distritos militares importantes; el 90 por 100 de todos los embajadores soviéticos, el 25 por ciento de los oficiales del Ejército, 1.108 de los 1.966 delegados del XVII Congreso del Partido, celebrado en 1934; 98 de los 139 miembros

del Comité Central elegido en ese mismo XVII Congreso, y los dos jefes de la Policía soviética (Yagoda y Yezhov) que habían preparado los expedientes de todas esas depuraciones (datos de C. P. Snow).

Al mismo tiempo, según la frase final de Deutscher a la vida de Stalin, Rusia pasó del arado de madera a la pila atómica. ¿Tenía que ser lo primero el pago de la segundo? ¿Habría sido más rápida la evolución de la URSS con un comunismo abierto, democrático, que con la fórmula del «comunismo de guerra» impuesta por Stalin? Sin todos estos sacrificios humanos, ¿cómo sería la URSS de hoy, el mundo de hoy?

Las preguntas que pueden hacerse son infinitas. Y no tienen respuesta válida, porque en general se refieren a lo que no pasó y a lo que no se sabrá nunca cómo habría pasado. ■ J. A.

Entierro de Stalin.

